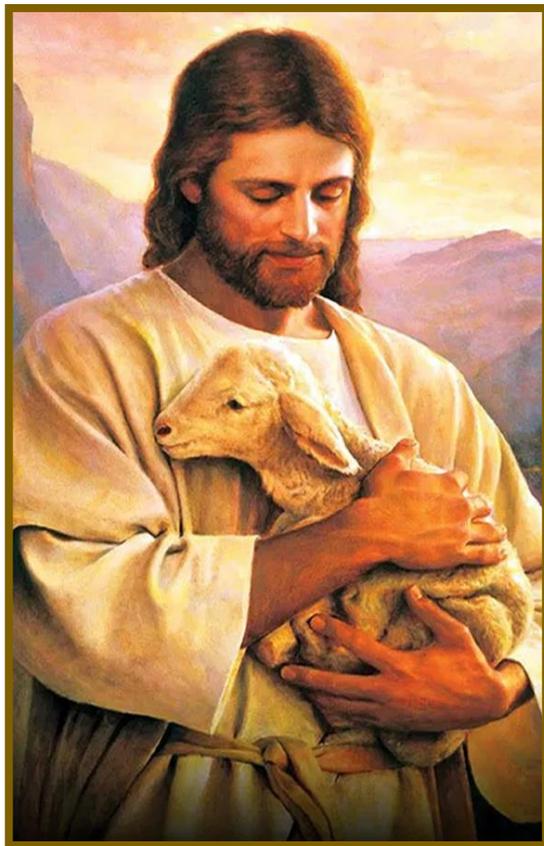


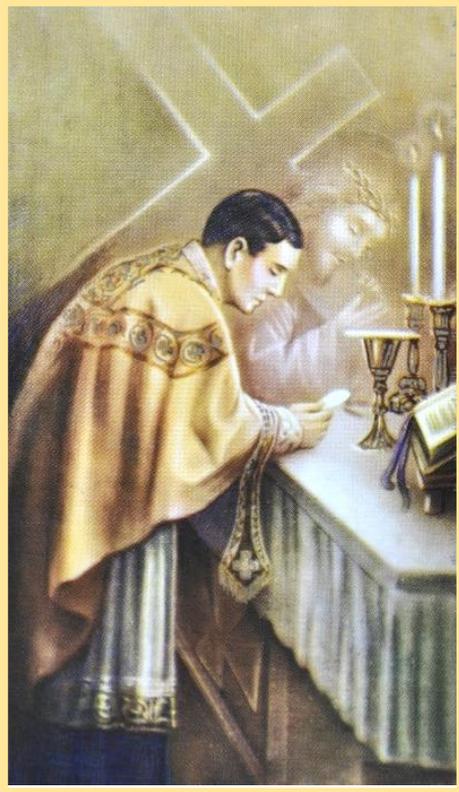
Memorias desde el corazón de un sacerdote



Padre John (Juan) Rizzo

Oración por los Sacerdotes

San Carlos Borromeo



¡Oh! Santa Madre de Dios,
pide por los sacerdotes
que tu Hijo ha elegido
para servir a la Iglesia.

Ayúdalos,
por tu intercesión,
a ser santos, celosos y castos.

Hazlos modelos de virtud
al servicio del Pueblo de
Dios.

Ayúdalos a ser piadosos en la meditación,

eficaces en la predicación

y celosos en la diaria ofrenda
del Santo Sacrificio de la Misa.

Ayúdalos a administrar los sacramentos con amor y
alegría. Amén.

PREFACIO

Amo ser sacerdote. En todos mis años de sacerdocio, nunca deseé ser otra cosa que sacerdote. Es un inmenso honor y alegría poder llevar a Dios a los demás y no puedo agradecer lo suficiente a Dios por mi vocación.

Me gustaría compartir con ustedes algunas memorias de los últimos 37 años de mi sacerdocio. Estas memorias salen de mi corazón con gran admiración por mi santo sacerdocio.

Espero que estas memorias te ayuden a valorar más los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia. Jesucristo instituyó los sacramentos como un medio para darnos la gracia y así unirnos más estrechamente con Él. Este es Su deseo y también debería ser el nuestro. No olvidemos nunca la respuesta a la pregunta: "¿Por qué Dios nos creó?" Dios nos creó para conocerlo, amarlo y servirlo en este mundo y ser feliz con Él para siempre en la vida eterna. Y nosotros los sacerdotes estamos aquí para ayudar a lograr ese objetivo, principalmente a través de los sacramentos.

Por favor, oren por mí, como lo hago yo por todos los que leen este librito. Que Dios los bendiga.



P. Juan (John) Rizzo

Capellán del Monasterio de Tyburn

Diócesis de Parramatta, NSW, Australia

24 de junio de 2022

Solemnidad del Sacratísimo Corazón de Jesús

CONTENIDO

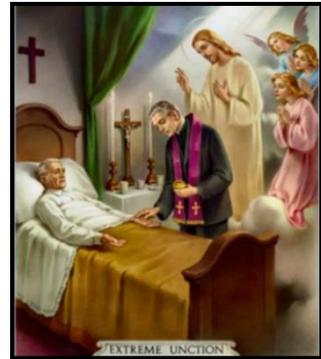
1. Mi llamado al sacerdocio	3
2. Piso equivocado - ¡O, eso pensé!	8
<i>Los Diez Mandamientos</i>	11
3. Ángeles en el Altar	13
4 "Decidí vivir"	15
5 ¡Conversión sobre un pajar!	18
6. ¡Los mejores \$20 que jamás gasté!	20
<i>La persona más importante en la tierra es una madre</i>	23
7. "Abuelo... no quiero que vayas al infierno"	24
8. Gracias, ¡oh santos Ángeles de Dios!	27
9. ¡Salvado por el soplador!	30
10. "Se ve tan hermoso"	31
11. Venid, benditos	34
<i>Las hermosas manos de un sacerdote (autor desconocido)</i>	37
12. ¡No quiero enterrar a ningún luterano!	40
13. Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar	42
14. Respeto al Santo Nombre de Jesús	45
15. Salve, ¡oh Cruz!	47
16. Número equivocado - No, ¡número correcto!	50
17. El año 2020	52
18. El amor de una madre	54
<i>El Rosario</i>	57
<i>La oración de una madre por sus hijos</i>	59
19. Una hermosa lección para mí	60
20. La presencia de Cristo en un sacerdote	64
21. No conocemos el día ni la hora	66
22. El poder de la oración	71

MI LLAMADO AL SACERDOCIO

Era el 31 de diciembre de 1966. Tenía 6 años y mi abuelo Luigi yacía agonizando en su dormitorio en el sótano de la casa de mis padres cerca de Boston. Mi madre llamó por teléfono al párroco, el padre Tom Donnelly y le pidió que le diera los últimos ritos a mi abuelo.

Cuando llegó el padre Tom, bajé rápidamente las escaleras hasta el dormitorio de mi abuelo. El Padre llevaba la Sagrada Eucaristía, así que mi madre sostuvo una vela encendida y tocó una campanilla mientras acompañaba al Padre a la planta baja. Yo estaba un poco ansioso y le pregunté al padre Tom: "¿Puedo ver lo que está haciendo?" Me dijo: "Sí, John, con la condición de que estes callado". ¡Eso iba a requerir un milagro!

Salí de la habitación para que mi abuelo pudiera hacer su confesión final. El padre Tom me indicó que entrara después y lo vi ungir a mi abuelo. Me impresionó mucho y pensé: "¡Vaya! Tal vez algún día yo pueda hacer esto". Este pensamiento permaneció conmigo mientras crecía, y entré al seminario a la edad de 18 años.



De hecho, cada vez que doy los Últimos Ritos (también llamados la Unción de los Enfermos y en el pasado, Extremaunción) a un moribundo, todavía hay destellos en mi mente de mi abuelo siendo ungido. Es hermoso, porque me recuerda el momento en que Dios Todopoderoso me

llamó por primera vez para que yo sea sacerdote. Y estoy seguro de que esta es la razón por la que especialmente me encanta acompañar a los moribundos. Es una de mis mayores alegrías poder administrar los Últimos Ritos y preparar las almas para encontrarse con Dios.

Recuerdo una ocasión en la que estaba dando los Últimos Ritos a una anciana en Minnesota y su nieto estaba allí presente. Él chico me dijo después: "Padre, ¿por qué sonreía cuando estaba ungiendo a mi abuela? Le dije: "Debo admitir que no sabía que estaba sonriendo, pero ciertamente tengo una gran alegría al saber que tu abuela tendrá una muerte santa."

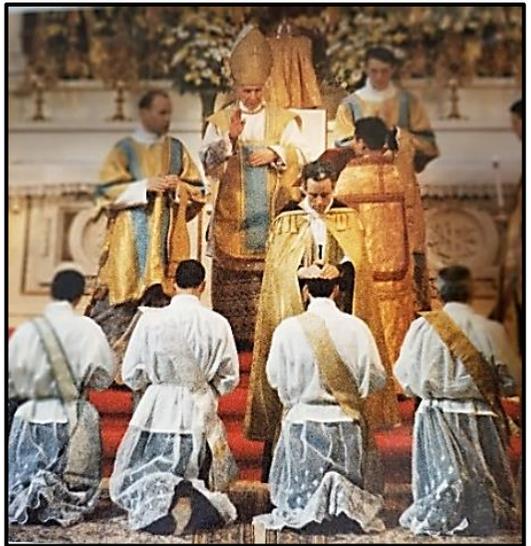
Crecí en una familia católica italiana donde el Rosario era una oración familiar. Mis tres hermanos y yo dormíamos todos en un dormitorio - ¡Las literas ahorran mucho espacio! Mi madre venía por la noche y nos contaba la historia de un niño santo. Luego ella iba al dormitorio donde estaban mis tres hermanas y les contaba la historia de una niña Santa. Tengo tan buenos recuerdos de haber crecido en un hermoso ambiente católico, con mi madre y mi padre inculcando en nosotros la fe católica, una fe que llevó a uno de sus hijos a que se convirtiera en sacerdote, el vaso indigno que yo realmente soy.

Estoy profundamente agradecido a mi querida madre y mi querido padre y a Dios Todopoderoso por darme el don del sacerdocio. Amen.



Yo soy el de la izquierda con mi hermano gemelo José, a la edad de 8

La imposición de las manos en el día de mi Ordenación Sacerdotal, el 19 de mayo de 1985



Sacerdote para siempre



**Mis padres
recibiendo mi
primera bendición
en el día de mi
Ordenación**





**Mi hermano gemelo
José, como turiferario en
mi primera Misa
Solemne. Domingo de
Pentecostés
de 1985**

**Ofreciendo la
Santa Misa en
el Monasterio
de Tyburn**



**Con la
comunidad del
Monasterio de
Tyburn
(Benedictinas
Contemplativas)**

PISO EQUIVOCADO - ¡O ESO PENSÉ!

Fui ordenado sacerdote el 19 de mayo de 1985. Antes de poder aceptar mi primera asignación, tuve que completar algunos estudios en el seminario. Una noche, aproximadamente una semana después de mi ordenación, el rector del seminario llamó a mi puerta y me dijo: "Padre, quiero que vaya al Centro Médico San Vicente en Bridgeport (Connecticut). Annie, una benefactora nuestra está allí, y está gravemente enferma. Me gustaría que le diera la Sagrada Comunión y los Últimos Ritos". Inmediatamente dejé mi escritorio, tomé prestado un vehículo del seminario y manejé durante una hora y media hasta el centro médico.

Cuando llegué a la recepción, pregunté en qué habitación estaba Annie. "Habitación 312", me dijeron. Subí al ascensor lo más rápido que pude y apreté el botón del tercer piso. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, salí corriendo y entré rápidamente en la que pensé que era la habitación 312. Cuando entré corriendo, mis pasos despertaron al hombre que estaba acostado en la cama. Me di vuelta para mirar el número de la habitación. ¡Oh, no, habitación equivocada!

Nerviosamente le dije: "Oh, lo siento mucho, estoy buscando la habitación 312, y veo que esta es la habitación 212. Tengo que subir otro piso". Me dijo: "No se preocupe, Padre". Cuando lo escuché llamarme 'Padre', le dije: "¿Es católico?" Dijo: "Sí, padre, pero no he ido a la iglesia desde

hace muchos años". Le respondí en broma: "¡Sabe, CR significa católico romano, no católico jubilado!"(1) Se rio un poco y empezamos a hablar. Él dijo: "Sabe, Padre, no he estado yendo a misa, pero he rezado muchos rosarios a Nuestra Señora". Yo no tenía ninguna duda sobre quién me había llevado a la habitación de este hombre: Gracias, Virgen María. Le dije: "¿Por qué no hace las paces con Dios? ¿Le gustaría confesarse? Él dijo: "Ay Padre, ¿cómo puedo hacer eso? Ha pasado tanto tiempo"



Le dije: "Puedo ayudarle con su confesión, si quiere".

Siempre que alguien no se ha confesado durante mucho tiempo y no está seguro de qué o cómo confesarse, repaso los Diez Mandamientos con ellos. Estuvo de acuerdo. Hizo una hermosa y necesitada confesión, después de lo cual le di la mitad de la Hostia que había traído para Annie. Luego

(1)El texto original juega con las letras CR que en inglés significan "Católico Romano" y "Católico Retirado o jubilado".

le di la Unción de los Enfermos y lo que se llama el Perdón Apostólico, una indulgencia para la remisión del castigo temporal debido al pecado.

Le pregunté "¿Qué dicen los médicos sobre Ud.?" Dijo: "Los médicos dicen que estoy bien y que estaré en casa al final de la semana". Era un miércoles por la noche cuando estaba hablando con él. Esperaba volver a casa el viernes. Me despedí de él y me apresuré a subir a ver a Annie. Después de darle los sacramentos a Annie, salí del hospital y conduje de regreso al seminario.

Al día siguiente, jueves, estaba ocupado dando exámenes. Por la noche, decidí llamar al hospital y averiguar cómo estaba Annie. La enfermera me dijo que estaba bien. Entonces le pregunté: "Hay un caballero en la habitación 212, no sé su nombre, ¿cómo está?". La enfermera dijo: "Espere padre, lo averiguaré". Unos 30 segundos después, volvió al teléfono y dijo: "Lamento decirlo, padre, pero

murió esta mañana". Me sorprendió, ciertamente no parecía que fuera a morir.

¿Pero sabes qué? Ese hombre tenía razón. Dijo que estaría en casa al final de la semana, y así fue, sostenido de la mano de la Santísima Virgen María.



María, Refugio de los pecadores, ruega por nosotros.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

1. Amarás a Dios sobre todas las cosas.

2. No tomarás el Nombre de Dios en vano.



3. Santificarás las fiestas.

4. Honrarás a tu padre y a tu madre.

5. No matarás.

6. No cometerás actos impuros.

7. No robarás.

8. No dirás falso testimonio ni mentirás.

9. No consentirás pensamientos ni deseos impuros.

10. No codiciarás los bienes ajenos.



ÁNGELES EN EL ALTAR

Es una enseñanza de nuestra fe católica que los ángeles existen, es decir, son seres espirituales que son servidores y mensajeros de Dios. Normalmente sólo vemos a estos seres espirituales con los ojos de la fe.

Era junio de 1985, y había sido ordenado aproximadamente hacía un mes. Fui capellán de un campamento de verano para familias en el estado de New Hampshire. Un día después de la Misa, un joven se me acercó y me dijo: "Padre, por favor, no piense que estoy loco, pero vi dos ángeles, uno a cada lado suyo, mientras ofrecía la Misa". Me quedé bastante desconcertado al escuchar eso. Lo consolé y le dije: "Te creo. Estoy seguro que viste esos ángeles, porque sabemos que los ángeles rodean el altar cada vez que se celebra el sacrificio de la Misa". Pero él insistió: "Padre, lo digo en serio, vi dos ángeles, eran hermosos ángeles, uno a cada lado suyo". Lo tranquilicé y le dije: "Te creo. Gracias por avisarme, porque realmente aumenta mi fe". Cuán feliz estaba él de haber tenido el extraordinario privilegio de ver a estos ángeles.

Aproximadamente una hora después, una anciana se acercó a mí y dijo: "Padre, ¿puedo hablar con usted?" Dije "sí". Ella dijo: "Padre, vi dos ángeles junto a usted mientras ofrecía la Misa". De nuevo, ¡me sorprendió! En una hora dos personas diferentes estaban dando su relato de haber

sido testigos presenciales de haber visto ángeles en el altar durante la Santa Misa. Le pregunté a la mujer: "¿Conoce a este joven, que es miembro de este campamento? —No, padre. Sólo soy una vecina—. Vivo al otro lado de la calle. No soy parte de este campamento, pero tenía que decirle esto. Vi dos ángeles, uno a su derecha y uno a la izquierda, mientras ofrecía la Misa". Le pedí una descripción más exacta y ella simplemente los llamó "hermosas criaturas con alas".

Me dirigí al chico nuevamente y le pedí una descripción de los ángeles. Le pregunté si tenían alas y me dijo: "Oh, sí, Padre, pude ver las alas". "¿Cuán hermosos eran?", le pregunté. "Padre, eran IMPRESIONANTES", respondió.



Lo que me dijeron esos dos testigos ese día se ha quedado en mi memoria todos estos años. Estoy muy agradecido con ellos por habérmelo dicho, porque me ha ayudado a tener un sentido realístico de la presencia de ángeles cada vez que ofrezco el sacrificio de la Misa.

Por supuesto, el altar no está rodeado por solo dos ángeles, ¡pero sí, por miles! ¿Por qué es esto? Porque cada vez que asistimos a Misa, participamos en la Liturgia del Cielo. ¡Cuán benditos somos de estar en compañía de ángeles!

"DECIDÍ VIVIR"

Era agosto de 1985. Había sido ordenado sacerdote sólo unos pocos meses antes, y mi primera asignación fue Londres, Inglaterra.

Un martes por la mañana, un señor mayor fue preparando todo para la Misa que iba a ofrecer. Sin que yo lo supiera, había tirado un fósforo en una papelera de la sacristía. Debido a que estaba parcialmente ciego, lo hizo sin darse cuenta de que no había apagado por completo el fósforo. Comencé a celebrar la Misa, cuando de repente, los detectores de humo se activaron a causa de un incendio en la sacristía. Tuvimos que evacuar rápidamente la Capilla y la casa parroquial, pero primero fue necesario quitar el Santísimo Sacramento del tabernáculo. Había mucho humo e inhalé demasiado.

Esa misma tarde, tenía que ofrecer otra Misa, al norte de Londres. El viaje en tren tomaba alrededor de 45 minutos - desde Parque de Wimbledon al Norte de Londres. Debido a que había



inhalado humo, no me sentía muy bien. Pensé para mí mismo: "Quizás podría cancelar esa Misa de la tarde y

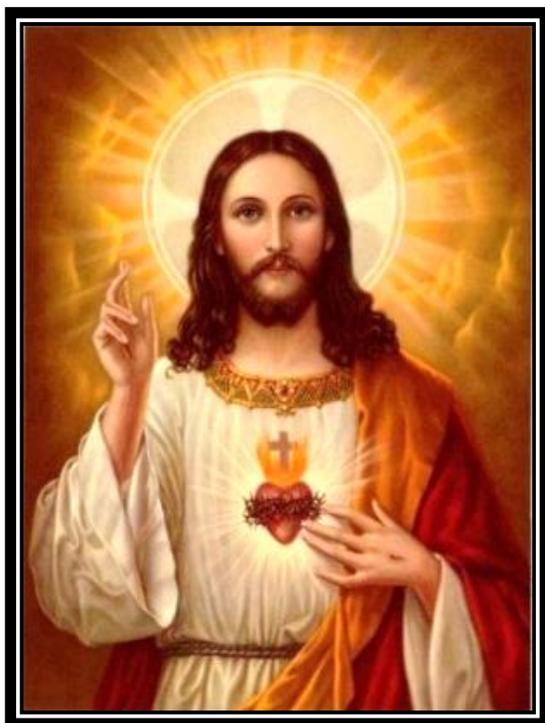
acostarme más temprano". Pero lo pensé mejor y decidí ir. Subí al tren con un dolor de cabeza punzante. Llegué a la Iglesia sintiéndome mal y empecé la Misa. Me sentía tan mal que me preguntaba si iba a poder terminar la Misa. A mitad de la misma, en el momento del ofertorio, escuché las grandes puertas de madera en el fondo de la Iglesia abrirse con un crujido, anunciando la presencia de un recién llegado. Terminé la Misa y entré en el Sacristía. ¡Cómo anhelaba un Panadol!

Mientras me quitaba los ornamentos, un hombre que parecía tener cerca de setenta años, entró en la Sacristía. Cuando se acercó a mí, vi que tenía una pistola en la mano. ¡De repente me sentí muy intranquilo, por decir lo menos! Dejó la pistola en el banco donde estaban los ornamentos. Me dijo: "Padre, yo iba a terminar mi vida esta noche. Iba de camino al parque, para sentarme en el banco y pegarme un tiro en la cabeza. Pero Padre - me di cuenta que las luces de la Iglesia estaban encendidas y entré a buscar refugio. Allí estaba usted celebrando la Misa y yo me arrodillé en la parte de atrás. La Misa fue tan hermosa que decidí vivir".

¡Yo estaba impresionado! Este era la persona que llegó tarde y a la que había escuchado entrar. Hablamos extensamente sobre todas sus dificultades y luego él hizo una hermosa y humilde confesión. Después de que se fue, tomé el arma y se la entregué a la policía.

Pensé para mí mismo, mientras estaba sentado en el tren para regresar a casa: "¿Qué hubiera pasado si hubiera ido a dormir temprano como quería, y no hubiera celebrado la Misa de la tarde? Ese hombre habría pasado por delante de una Iglesia cerrada, una Iglesia a oscuras, que no le hubiera proporcionado el refugio que estaba buscando. ¡Oh, Dios mío! Gracias por esta oportunidad de ser un instrumento de tu gracia. Este hombre necesitaba la gracia: vio las luces encendidas en el Iglesia y entró. Vio la luz que emanaba de Tu Sagrado Corazón, y decidió vivir. Amén."

Me mantuve en contacto con este hombre y vivió una vida muy piadosa hasta su muerte. Que descanse en paz.



¡CONVERSIÓN SOBRE UN PAJAR!



En 1988 cuando estaba viviendo en Idaho, a menudo hacía viajes largos al estado vecino de Montana para celebrar la Misa en las diferentes misiones. Un

día, una familia me pidió que fuera a ver a su padre anciano que vivía en una zona muy remota pero hermosa a las afueras de Whitefish, Montana.

Este hombre había estado alejado de la Iglesia durante mucho tiempo y la familia simplemente quería que yo hablara con él. Después de ofrecer una de las Misas de la media tarde en una de las misiones en Montana, manejé otra hora y me encontré en una granja muy alejada. Salí de mi coche y toqué la puerta, pero mirando a través de la puerta de cristal, podía ver que no había nadie dentro. Era un cálido día de invierno, había recién nevado y había barro en todas partes. Caminé un poco, y mientras caminaba hacia la parte de atrás, escuché un tractor arando uno de los campos. Caminé hacia la cerca de alambre de púas y vi a un anciano sentado en su tractor a unos 50 metros de distancia de la cerca. Le grité: "Señor, su hijo me pidió que venga a verlo. ¿Podemos conversar?". El hombre gritó: "¿De qué quiere hablar?". Yo grité: "Bueno, ha estado

fuera de la Iglesia y me preguntaba si le gustaría hacer una buena confesión". Dijo: "Si quiere hablar conmigo, venga aquí y hablemos".



Bien, el suelo estaba MUY embarrado, yo iba de sotana y tenía un bonito par de zapatos negros. Pero recé: "Está bien, Señor - si esto es lo que quieres ...".

Me levanté la sotana alrededor de la cintura y me la eché un poco por encima del hombro, trepé con cautela sobre la valla de alambre de púas, balanceándome sobre él y luego salté sobre la tierra con lodo. ¡¡SPLASH!! Comencé a caminar sobre el barro - GLISH, GLISH, GLISH... hacia este hombre. Cuando llegué, él había apagado su tractor y estaba sentado sobre un pajar. Mis zapatos y pantalones estaban cubiertos de lodo. Me miró y cuando me acerqué, él tenía lágrimas en los ojos. Me dijo: "Vino... usted decidió venir hacia mí". Respondí: "Por supuesto que decidí venir. Usted me llamó y vine. Ahora, ¿qué tal una buena confesión?". Así que ahí estábamos - sentados sobre un pajar - este hombre volviendo al Sacramento de la Penitencia después de muchos, muchos años. Yo estaba cubierto de barro, pero él quedó cubierto de gracia.

¡LOS MEJORES \$ 20 QUE JAMAS GASTÉ!

Era 1995. Viajaba desde Atlanta en Georgia al estado de Alabama. Iba a visitar a la Madre Angélica que tiene el mismo apellido que yo, Rizzo. Ella quería que nos encontráramos por eso. Era una distancia bastante larga para viajar y en el camino me detuve en un pequeño restaurant para cenar. La camarera se movía de prisa en el local limpiando las mesas, y después de un rato, ella se acercó y tomó mi pedido. Noté que estaba embarazada. Después de haber terminado mi comida, fui a pagar la cuenta, me acerqué a la camarera y le di una propina. Le dije: "Esto es para ti". Entonces saqué un billete de veinte dólares de mi billetera, y mientras se lo daba le dije: "Y esto es para el hermoso niño que llevas dentro de ti". Me miró, tomó los veinte dólares y vi lágrimas en sus ojos. Luego salió corriendo a una habitación en la parte de atrás del café. Me pregunté por qué estaba tan alterada.



Salí del restaurant y fui a mi auto que estaba estacionado en la parte de atrás. Cuando estaba a punto de subir al auto, me sorprendió ver a la camarera acercándose a mí llorando. Me dijo: "Padre, yo sólo quiero que sepa que, terminando hoy de trabajar, iba a ir a abortar. Pensé que yo no podría cuidar

de este niño. Pero después de lo que me dijo y dándome esta propina, he decidido ahora quedarme con mi hijo".

Me quedé muy sorprendido. Debo decir que vinieron lágrimas a mis ojos también.

Debido a la gracia de Dios y a la Providencia Divina, la camarera y yo cruzamos nuestros caminos, y una vida fue salvada. Fueron sin duda ¡los mejores \$ 20 que jamás he gastado!

La gente me ha preguntado, ¿qué me inspiró a dar a la camarera los \$ 20? No puedo dar ninguna explicación, todo lo que puedo decir es que me sentí inspirado a hacerlo.

¿Qué oraciones fueron responsables de tal efusión de la gracia de Dios en ese momento particular? De seguro no lo sabremos en esta vida, pero tal vez fue gracias a las oraciones de las monjas que iba a visitar, o gracias a las oraciones de una de las muchas personas que rezan la oración de "adopción espiritual" todos los días. Es una oración que me gustaría te animaras a rezar:

"Jesús, mi Señor, por intercesión de María Tu Madre, que te dio a luz con tanto cariño y de san José, hombre sólido de fe que protegió a los dos, te ruego por la vida del feto que está en peligro de ser abortado, el mismo que he adoptado espiritualmente. Por favor, dales a los padres de ese niño en particular la gracia y el coraje para llevarlo a la vida que le has destinado. Amén.



La persona más importante en la tierra es una madre.

Ella no puede reclamar el honor de haber construido la Catedral de Notre Dame de París. Ella no lo necesita. Ella ha construido algo más magnífico que cualquier catedral, una vivienda para un alma inmortal, la pequeña perfección del cuerpo de su bebé.

Los ángeles no han sido bendecidos con tal gracia. No pueden compartir el milagro creativo de Dios para traer nuevos santos al Cielo. Sólo una madre humana puede.

Las madres están más cerca de Dios Creador que cualquier otra criatura. Dios une fuerzas con las madres en la realización de este acto de creación. ¿Qué es más glorioso en la tierra que esto: ser madre?

Venerable Cardenal Joseph Mindszenty, 1892 – 1975

"ABUELO... NO QUIERO QUE VAYAS AL INFIERNO"

En la época de Navidad, podemos pensar en esas palabras de la Escritura: Un niño los guiará. Un niño, en su inocencia, puede tocar los corazones de una manera que ningún adulto puede.

Recuerdo hace años cuando estaba destinado en Post Falls, Idaho - uno de los estados fronterizos con Canadá – recibí una llamada telefónica de un caballero que decía: "Padre, por favor, venga a hablar con mi padre. Hemos estado rezando por su conversión - nunca ha sido bautizado y está a punto de morir. ¿Puede venir y ver qué puede hacer?". Su nieta, Jennifer, había también estado hablando con él, tratando de convencerlo de que se convierta al catolicismo, pero él seguía resistiéndose. Jennifer le suplicó: "Abuelo, me gustaría que te bautizaras antes de morir, porque no quiero que vayas al infierno".

Me subí al auto e hice el viaje de una hora y media rezando el rosario por él en el camino. Llegué y me llevaron hasta el anciano que estaba en la cama. Me acerqué a él y empecé a hablarle de la fe católica. Me miró, sonrió un poco, pero no reaccionó mucho. Le dije: "Señor, ¿le interesaría hacerse católico? ¿Puedo tener la oportunidad de bautizarle?". El hombre no dijo nada. Le dije: "Señor, me interesaría mucho bautizarlo y ayudarlo. Usted va a morir pronto, y me gustaría ayudarlo a prepararse para la muerte". Él dijo

bruscamente "No quiero escucharlo - quiero oírlo de Jennifer".

Con mucho gusto llamé a Jennifer a la habitación. Ella le animó, diciendo: "Por favor, escucha al Padre Rizzo, abuelo. Por favor, escucha lo que tiene que decir". Me sorprendió el efecto que las palabras de Jennifer tuvieron: lo hicieron mucho más dócil y receptivo. Aprovechando esta oportunidad, le dije: "Me gustaría hablarte del Credo de los Apóstoles, que resume nuestra fe católica". Recorrimos el Credo y se lo expliqué, frase por frase. Luego le pregunté: "Señor, ¿le gustaría ser bautizado?". Su corazón se endureció una vez más, y respondió bruscamente: "Déme UNA buena razón por la que debería ser bautizado". Saqué el crucifijo de mi bolsillo y se lo mostré, se lo puse en los labios para que lo besara, cosa que hizo, y le dije: "Le voy a dar CINCO buenas razones por las que debería bautizarse". Señalé las cinco heridas de Cristo en el crucifijo. Le dejé con el crucifijo durante un rato. Se le llenaron los ojos de lágrimas.



Y sí, quiso ser bautizado. Con toda su familia presente, y para su gran deleite, lo bauticé. Jennifer estaba absolutamente radiante, no podía estar más contenta.

Como nunca había sido bautizado antes, todos sus pecados fueron perdonados con ese bautismo, así que no hubo necesidad de que hiciera su confesión. Sin embargo, al mismo tiempo le animé a hacer un acto de contrición, expresando dolor por sus pecados. Luego le di el sacramento de la Confirmación, ya que eso elevaría su estado de gloria en el Cielo. Él también aceptó con cariño



ese Sacramento. Le di la Unción de los Enfermos, y después le di su primera comunión, que resultó ser su último viático, una palabra latina que significa "alimento para el viaje", el viaje al Cielo.

Unos días después, en la fiesta de la Inmaculada Concepción, tuvo una muerte santa.

"Un niño los guiará..."

GRACIAS, ¡OH SANTOS ÁNGELES DE DIOS!

El 2 de octubre es la fiesta de los Ángeles Custodios, esos hermosos seres espirituales que Dios Todopoderoso ha asignado a todos y cada uno de nosotros, esos seres espirituales a quienes rezamos:



**Ángel de Dios, mi dulce compañía,
no me desampares ni de noche ni de día,
hasta que descanse en los brazos de Jesús, José y María.**

Un día, me llamaron al Hospital Bautista de la ciudad de Oklahoma. Una mujer desesperada me pidió que viera a su marido que estaba en coma. Me dijo: "Padre, mi marido va

a morir, y tengo miedo de que se pierda su alma. Está en coma y lleva muchos años alejado de la Iglesia. Necesita hacer una buena confesión antes de morir. ¿Podría venir a verlo?". Le dije "Estoy encantado de ir a verle, pero si está en coma, no podré escuchar su confesión. Sin embargo, podré darle la extremaunción". "Oh, Padre", respondió ella, muy decepcionada, "me gustaría que tuviera la oportunidad de hacer una buena confesión antes de morir". Mi corazón estaba con esta mujer, y también con su marido. De camino al hospital recé a San José, el patrón de los moribundos.

Llegué al hospital y fui tan rápido como pude a la habitación del hombre. Estaba a punto de entrar cuando una enfermera me detuvo y me dijo: "Disculpe, señor, no puede entrar ahí. Está fuertemente sedado y no podrá despertarlo". Respondí: "Gracias, enfermera. Soy un sacerdote católico. Le daré los Últimos Ritos". Pero la enfermera insistió en que yo no entrara en la habitación.

Así que me quedé en la entrada de la habitación, esperando que la enfermera se fuera para poder entrar a darle la extremaunción. Sin embargo, cambié de planes. Decidí rezar al Ángel de la Guarda del hombre. Le dije a su Ángel de la Guarda: "Por favor, despierta a este hombre, para que pueda tener la oportunidad de hacer una buena Confesión". También recé a San Miguel Arcángel, a quien



debemos rezar en medio de una batalla espiritual, porque -como sabemos- "Satanás anda como un como un león rugiente, buscando a quien devorar".

Justo cuando terminé de rezar la oración a San Miguel, el hombre comenzó a toser y a jadear. Llamé la atención de la enfermera y dije: "Señora, este hombre está saliendo de su sedación". Ella dijo: "Eso es imposible, lo hemos sedado mucho". Ella fue corriendo a la habitación y lo vio toser. Pregunté: "¿Le importa si entro brevemente?". Por supuesto que puede, reverendo", respondió ella y salió de la habitación.

Mientras tosía, el hombre abrió los ojos y me vio. Sus ojos se abrieron de par en par al ver mi cuello romano. Le dije: "Señor, su mujer me ha llamado. Me ha dicho que Ud. necesita hacer una buena confesión". Le animé y le mostré el crucifijo. Entonces hizo una hermosa confesión y dijo el Acto de Contrición. Le di la absolución, y luego le di un pequeño trozo de la Hostia, que pudo tragar. Inmediatamente después, volvió a entrar en su coma. Al día siguiente murió.

"Ángel de Dios, mi dulce compañía..."

¡SALVADO POR EL SOPLADOR!

Realmente, no puedo hablar lo suficiente sobre el papel de nuestros Ángeles de la Guarda en nuestra vida diaria. ¿Has pensado alguna vez en la posibilidad, por ejemplo, de invocar al Ángel de la Guarda de un individuo antes de hablar con él, para asegurarte de que la conversación sea caritativa?

Recientemente, cuando visité el Hospital Hawkesbury para ver a un paciente, iba caminando a través del sendero y vi a una anciana sentada en una silla de ruedas, fumando. Pensé: "Voy a decirle unas palabras" e invoqué la ayuda de su Ángel de la Guarda mientras me acercaba a ella. Le dije bromeando: "Bueno, aquí estás, fumando delante del hospital ¿qué te parece?". Ella sonrió y nos pusimos a hablar. Le dije que rezaría por su buena salud.

Me llamó "Padre" y me dijo que era católica pero que no había ido a la iglesia por muchos años. Le dije "Bueno, estoy aquí, ¿te gustaría tener la oportunidad de hacer una buena confesión". Yo también pensaba para mis adentros: "Estamos en un camino público, ¿qué puedo hacer para asegurarme de que nadie escuche nuestra conversación? Tan pronto como tuve ese pensamiento, un jardinero que se encontraba cerca encendió un soplador y comenzó a soplar toda la hierba suelta del sendero. ¡Un momento perfecto!

Una agradable charla con esa señora que terminó con una maravillosa confesión y una sonrisa en nuestros rostros al separarnos. ¡Gracias, Ángeles de la guarda!

"SE VE TAN HERMOSO"

San Pablo, al describir el Cielo, dice que "el ojo no ha visto ni el oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman". Estas palabras ciertamente nos animan cuando se trata de perseguir las cosas del Cielo. Uno no puede comenzar a imaginar las bellezas del cielo hasta que los ojos de la fe ya no estén allá, cuando, por el contrario, tendremos los ojos de la realidad para contemplar esta dicha eterna.

¿Cuál es la esencia del Cielo? Es ver a Dios cara a cara, en lo que llamamos la Visión Beatífica. Tenemos reflejos de ella aquí en la tierra, en términos de belleza e inocencia de un alma disfrutando del estado de gracia santificante, un reflejo de aquel resplandor dado por Dios al que veremos un día, si Dios quiere, en las alegrías eternas del Cielo.

Poco después de ser ordenado, una joven pareja de



Montana me llamó. Su bebé Elías, que nació cuatro

días antes, luchaba por respirar. Yo vivía en Idaho en ese momento, y hubo una enorme tormenta de nieve que me impidió ir a verlos. Les di instrucciones por teléfono sobre cómo bautizar a Elías. Mientras la madre vertía el agua

sobre su cabeza, pude oírla decir las palabras "Elías, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén". Así que el joven Elías, antes un hijo de Adán, en ese momento se convirtió en un hijo de Cristo.

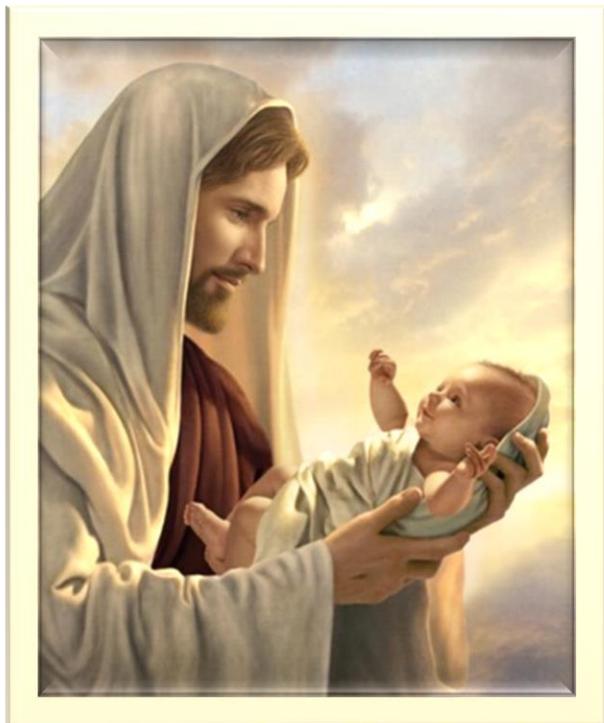
Lamentablemente, Elías murió muy pronto. Cuando la nieve había pasado y pude conducir, hice el viaje de cuatro horas hasta allí para que Elías pudiera tener su funeral. Cuando se trata de un funeral de un bebé, la Misa no es una Misa de Réquiem - no usamos vestimentas de duelo - usamos vestimentas de alegría, el color blanco. Y se dice una Misa en honor de los Ángeles.

Así que allí estaba yo, en esta pequeña funeraria rural, rezando los Misterios Gloriosos del Rosario ante este ataúd abierto. Y allí estaba el joven Elías, bellamente recostado con ropas blancas. Parecía simplemente dormido.

Después de rezar el Rosario, el director de la funeraria se preparaba a cerrar la tapa del ataúd. Pero la hermana del prematuramente fallecido Elías se acercó corriendo y agarró la tapa del ataúd antes de que el director de la funeraria pudiera cerrar la tapa. Ella le dijo: "Por favor, señor, no lo cierre. Se ve tan hermoso".

Qué visión tan conmovedora, y qué verdaderas eran sus palabras. El joven Elías se veía tan hermoso, no por la ropa que llevaba, sino por la gracia santificante en su alma. La

hermosa vestimenta bautismal con la que fue enterrado no hacía más que recordar la belleza de la inocencia bautismal en su alma.



Las almas de los niños bautizados alcanzan inmediatamente la dicha eterna. Ellas son las primeras en gritar las palabras de San Pablo: "El ojo no ha visto, ni el oído ha oído, ni ha entrado en el corazón del

hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman".

Un día, cuando veamos a Dios cara a cara, podremos decir por toda la eternidad lo que dijo aquella niña que vio a su hermano pequeño en el ataúd:

"Se ve tan hermoso".

VENID, BENDITOS...

Mi querido padre murió de cáncer el 25 de julio del año 2000. Pasó su última semana en casa, donde estuvo rodeado de su familia, rezando por él. Pero durante algún tiempo antes de eso, estuvo en el hospital. Yo vivía entonces en Melbourne, y pude llegar a casa un par de semanas antes de su muerte. Gracias a mi privilegio sacerdotal, pude darle los consuelos de la Iglesia.

Cuando estaba bastante enfermo en el hospital, mis sobrinas lo visitaban. Junto a su cama, cantaban himnos a la Virgen e himnos que se cantan en la bendición



Eucarística, como "O Salutaris Hostia" y "Tantum Ergo". Una tarde, mientras cantaban, entró la enfermera y les dijo: "Señoras, cuando terminen aquí, ¿podrían ver al paciente que está a unas puertas de aquí? Las ha oído cantar y le gustaría hablar con ustedes". Así

que cuando mis sobrinas terminaron de visitar a mi padre, fueron a ver a este otro señor, que se llamaba Bob. En medio de la conversación, mis sobrinas le dijeron que estaban cantando para su abuelo. No mencionaron ningún nombre. También mencionaron que tenían un tío que era sacerdote y que pronto llegaría a casa para ver a su padre.

Mis sobrinas le preguntaron: "¿Le gustaría ver al padre Juan cuando venga de vuelta?" Bob aceptó verme.

Llegué de Melbourne unos días después, y mis sobrinas me hablaron de Bob. Fui a ver a mi padre primero, y después de un tiempo, le dije: "Papá, hay alguien, unas puertas más allá, que quiere ver a un sacerdote". Así que fui a ver a Bob. Me dijo: "¡Así que tú eres el cura! He oído a tus sobrinas cantando algunos hermosos himnos. No soy católico, pero recuerdo haber ido a una Misa católica con algunos de mis amigos cuando era joven. Recuerdo algunos de esos viejos himnos durante la Misa". Le pregunté: "¿Considerarías hacerte católico?" Me dijo: "Bueno, mi hermano murió siendo católico...". Le dije: "Bien, ¿y tú? ¿Por qué no haces lo mismo?". Él respondió con cautela: "Oh no, yo soy un congregacionista, y mi esposa se molestaría si se enterara que me he hecho católico". Le dije "Puedes hacerte católico, pero será entre tú, yo y Dios. Tu mujer no tiene por qué saberlo". Bob parecía abierto a la sugerencia, así que le expliqué el Credo de los Apóstoles.

Luego empezamos a hablar de otras cosas, y en el curso de la conversación, mencioné mi nombre. Me dijo: "Conocí a un Rizzo cuando era niño". Le pregunté: "¿Será Tony Rizzo?". Me dijo: "Sí, así es". ¡Apenas podía yo creerlo! Dije: "Ese es mi padre - está a unas cuantas habitaciones más allá, muriéndose de cáncer. ¿Te gustaría verlo?" Bob lo quiso

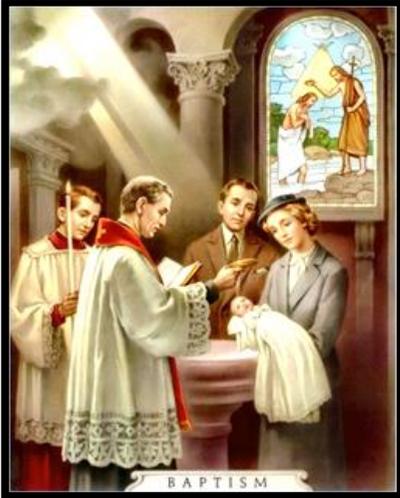
ver, así que las enfermeras vinieron y llevaron su cama a la habitación de mi padre. Estaban muy contentos de verse de nuevo. Charlaron un poco, y después de que las enfermeras regresaron a Bob a su habitación, le pregunté: "¿Qué te parece? ¿Te gustaría hacerte católico?". Él reflexionó sobre mi pregunta durante unos minutos, y luego dijo "Sí, Padre".

Así que, para mi gran alegría, lo bauticé. Como nunca había sido bautizado en el nombre de la Trinidad, no hubo necesidad de confesión, ya que todos sus pecados fueron perdonados cuando lo bauticé. Luego le di un trozo de la Sagrada Eucaristía que llevaba conmigo para dar a mi padre. También le di el Sacramento de la Confirmación, que eleva el estado de gloria para un alma cuando entra en el Cielo. Y luego le di la Unción de los enfermos. Recibió todos estos sacramentos en el espacio de veinte minutos. Se alegró especialmente de recibir la Sagrada Eucaristía.

Mi padre murió una semana después. Yo seguí yendo a ver a Bob, llevándole la Sagrada Comunión todos los días hasta el día en que murió (unos 5 días después de mi padre).

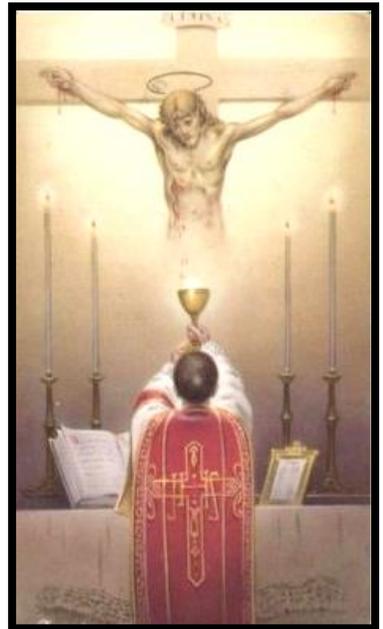
Me maravillé de cómo Dios actuó en esta situación - mis queridas sobrinas estando con mi padre en ese momento y en ese lugar, ofreciendo esos himnos para el honor y la gloria de Dios. No se daban cuenta de que eso también llevaría a la salvación de un alma.

Las hermosas manos de un sacerdote



Las necesitamos en la madrugada de
la vida,
las necesitamos de nuevo al final;
sentimos su cálido abrazo de
verdadera amistad,
la buscamos cuando probamos los
infortunios de la vida.

Las contemplamos en el altar cada día,
y las manos de un rey en su trono
no son iguales a ellas en su grandeza;
su dignidad se mantiene por sí sola;





Y cuando somos tentados y
deambulamos
los caminos de la vergüenza y del
pecado,
es la mano de un sacerdote que
nos absolverá,
no una vez, sino una y otra vez.

Y cuando elegimos la pareja de la
vida
otras manos pueden prepararnos
un festín,
pero la mano que bendecirá y nos
unirá -
es la hermosa mano de un
sacerdote.





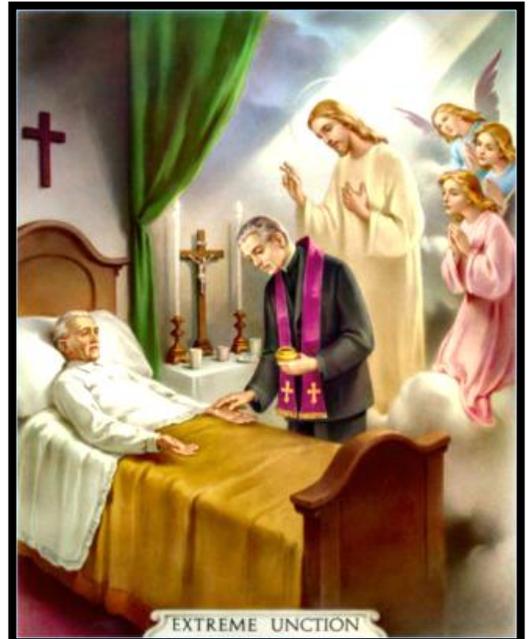
Que Dios los bendiga y los mantenga
santos,

por la Hostia que sus dedos acarician;

¿cuándo puede un pobre pecador hacer
algo mejor

que pedirle que lo guíe y bendiga?

Cuando la hora de la muerte
venga sobre nosotros,
que nuestro valor y fuerza se
incrementen,
al ver que se eleva sobre
nosotros en bendición -
las hermosas manos de un
sacerdote



¡NO QUIERO ENTERRAR A NINGÚN LUTERANO!

Como parte de mi ministerio sacerdotal en el pasado, se me pedía ser capellán de algunas peregrinaciones en Europa.



*Milagro
Eucarístico
de Lanciano*

Así, tuve el privilegio de ver muchos de los hermosos santuarios que el cristianismo tiene para mostrar. En una peregrinación, fuimos a visitar varios santuarios de milagros eucarísticos alrededor de Italia. Había dos autobuses llenos de peregrinos, unos 70 en total. Fue una experiencia hermosa ver la evidencia de la Presencia Real de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

En esta peregrinación, había dos señoras que eran gemelas. Una era católica, y la otra - cuyo nombre era Sally - era luterana. De vez en cuando charlaba con Sally y me burlaba de ella, diciéndole: "¿Qué haces tú -una luterana- en MI peregrinación"? Ella se reía.

Hubo una ocasión en la que se bajó del autobús y perdió el equilibrio y tropezó. Pude evitar que se cayera y le dije en broma: "Sally, por favor, ten cuidado. No quiero tener que

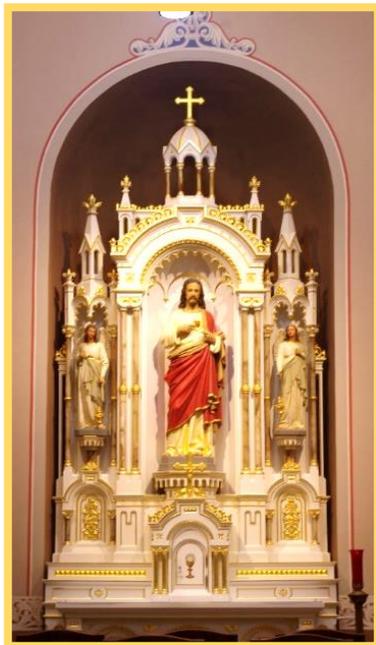
enterrar a ningún luterano en mi peregrinación. Me daría mala fama". Se rio mucho.

Pasaron años desde aquella peregrinación. Un día recibí una llamada inesperada de la hermana gemela de Sally. No había tenido contacto con ellas desde la peregrinación, pero ella había conseguido localizarme. Me dijo: "Padre, le llamo para decirle que Sally murió anoche. Antes de morir, me dijo: "Dígale a ese sacerdote, el padre Rizzo, que no tendrá que enterrar a ningún luterano, porque no me estoy muriendo luterana, me estoy muriendo católica". Sally se había convertido al catolicismo antes de morir. Ella recordaba bien esa peregrinación, y esas palabras tontas mías: "Sally, no quiero enterrar a ningún luterano en mi peregrinación - ¡me daría una mala fama!".

Me alegré de haberle proporcionado algo de humor que se sumaría a su alegría una vez que abrazó el catolicismo. Hablé con el sacerdote que le dio la oportunidad de convertirse, y me comentó de una hermosa conversación que había tenido con Sally antes de su muerte.

Podemos recordar una vez más el gran amor y aprecio que debemos tener por nuestra fe católica. ¡Qué gran fe la que tú y yo poseemos!

BENDITO SEA JESÚS EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR



Uno de los más grandes tesoros que podemos poseer es el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo bajo la apariencia de pan y vino. Nuestra fe católica nos recuerda que debemos expresar la piedad, la devoción y la adoración a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, el Pan de Vida. El Dios del Sagrario desea realmente ser el Dios de nuestros corazones.

Me resulta tan edificante ver a personas que tienen una gran devoción por nuestro Señor Eucarístico. Me gustaría hablarles de un par de las muchas que he conocido.

Una vez estuve destinado como sacerdote asistente en una parroquia al oeste de Sydney. Había un feligrés anciano, de nombre Sanio, que regularmente hacía largas visitas a la Iglesia. El párroco le daba una llave, y él llegaba muy temprano como a las 5 de la mañana. A menudo todavía estaba allí para la Misa de las 9 de la mañana, sentado ante el tabernáculo todo el tiempo. Yo solía entrar y verlo

sentado en un rincón. No quería encender las luces, y yo le decía: "Sanio, ¿cuánto cobras por embrujar una casa? ¿Tienes que estar aquí como un fantasma?" Él sonreía.

Con el tiempo, Sanio envejeció y se enfermó, postrado en la cama a medida que su cáncer avanzaba. Una mañana, el párroco fue a darle la extremaunción. Cuando regresó a la parroquia, me dijo: "Ay, Juan, se me olvidó dar la comunión a Sanio. ¿Puedes llevarle la Comunión en algún momento hoy?" Le dije: "Lo haré ahora mismo". Fui al tabernáculo de la Iglesia para poner una Hostia en la píxide, y luego fui a la casa de este moribundo. Allí estaba recostado en la cama. Su esposa e hija estaban a su lado.



Miré a Sanio y le dije: "Buenos días, Sanio. Te voy a dar la bendición con el Santísimo Sacramento, y luego te daré la Sagrada Comunión". Tan pronto como le bendije, expiró. Una mirada de tanta paz y alegría había en su rostro.

Me dirigí a su esposa y le dije: "Toda su vida fue al tabernáculo. Al final de su vida, el tabernáculo vino a él". Que descanse en paz.

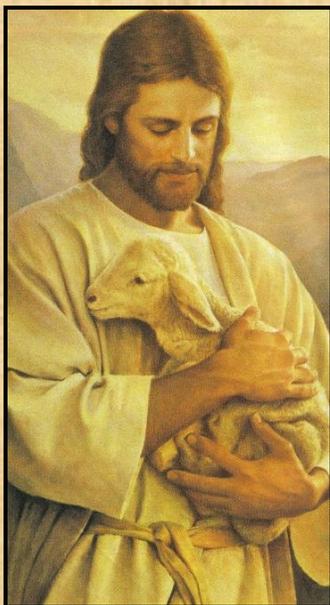
La otra persona que me viene a la mente es alguien que conocí no hace mucho tiempo. Estaba en la Catedral de Parramatta para una vigilia nocturna del Rosario. Cuando terminamos, cerré con llave la Catedral y apagué las luces. Salí por una entrada lateral y bajé al patio frente a la entrada principal de la catedral. Vi a un joven arrodillado frente a la puerta, mirando a través del cristal, rezando.

Me acerqué a él y le pregunté: "¿Quieres entrar? "Oh, Padre, le he visto cerrar - no quiero molestar. Soy feliz aquí - puedo ver el tabernáculo".

Me sorprendió mucho la fe de este joven. Le dije "No, voy a abrir la puerta. Entra y pasa un rato ante el Señor". Se mostró muy agradecido por el pequeño esfuerzo que me costó abrir la puerta para que él pudiera entrar. Pasó unos cinco minutos allí, mientras yo esperaba en la Sacristía. Cuando terminó de rezar, entró en la Sacristía, estrechando vigorosamente mi mano y agradeciéndome la oportunidad de hacer esa visita.

Qué maravilloso fue para mí ver esa expresión de fe de este joven feliz de arrodillarse afuera en los escalones para estar cerca de Nuestro Señor. Pero él escuchó esa invitación:

"Amigo, ven más arriba ".



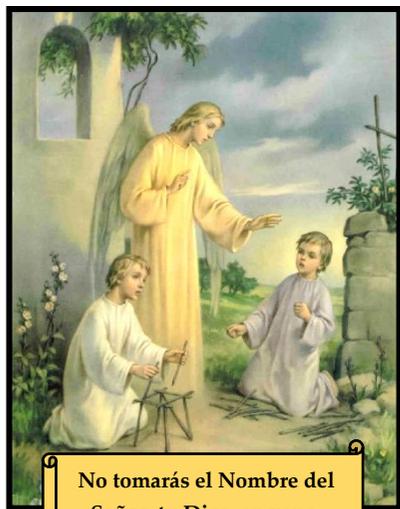
Nos hiciste
para ti,
Señor,
y nuestros corazones
están inquietos
hasta que descansen
en ti.

San Agustín

RESPECTO AL SANTO NOMBRE DE JESÚS

Leemos en los Hechos de los Apóstoles que Pedro fue al templo a rezar. Había un mendigo lisiado afuera, y el mendigo extendió su mano, pidiendo una limosna. Pero Pedro le dijo: "Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te lo doy. En el nombre del Señor Jesús, levántate y anda". El mendigo lisiado inmediatamente se levantó y se fue caminando. Algunos de los judíos que estaban cerca fueron testigos de esto y Pedro, bajo la guía del Espíritu Santo, dijo a estos judíos: "No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, por el que podamos salvarnos".

Este milagro puede recordarnos la belleza del segundo Mandamiento: "No tomarás el nombre del Señor tu Dios en



No tomarás el Nombre del Señor, tu Dios, en vano.

vano". Debemos tener un gran amor y respeto por este nombre sagrado - el nombre "Jesús" - el Ungido, el Mesías, nuestro Salvador.

Era el año 1987. Yo era párroco de una Iglesia en Idaho Panhandle. Había una familia numerosa que asistía regularmente a Misa, y su hijo de 7 años se llamaba Johnny. Un día estaba jugando con un grupo de sus compañeros cuando se enzarzaron en una discusión porque Johnny les corregía: estaban usando mal el santo nombre de Dios. Sus amigos estaban bastante molestos por esta corrección, y comenzó una pelea. El joven Johnny terminó siendo golpeado con una rama de árbol sobre su cabeza. Fue tan grave que sufrió una conmoción cerebral y terminó en el hospital. Me llamaron al hospital para verlo y, sin saber la gravedad de su lesión, lo ungué. Estaba profundamente dormido.

Al día siguiente fui a dar la comunión a Johnny. Mientras entraba en su habitación, una enfermera que lo estaba acostando para que pudiera dormir la siesta, me daba la

espalda, pero el pequeño me podía ver. Él sabía que yo llevaba el Santísimo Sacramento y, mientras la enfermera le arreglaba la cama, Johnny comenzó a desordenar las sábanas. La enfermera dijo: "Johnny, ¿qué estás haciendo? Estoy tratando de arreglarte la cama". Johnny dijo: "El sacerdote está aquí, y quiero levantarme y arrodillarme para recibir a Jesús en la Sagrada Comunión". Qué ¡hermosas palabras! Me acerqué a su cama y le dije: "No Johnny, quédate en la cama. Te daré la Santa Comunión en la cama - Nuestro Señor entiende". Se dirigió a la enfermera y le dijo: "¿Puede arrodillarse, por favor? Jesús está en la habitación". La enfermera me miró y susurró: "Padre, ¿qué quiere que haga? Soy presbiteriana". Le dije amablemente a la enfermera que podía salir de la habitación mientras yo hablaba con Johnny.

Les cuento esta historia para mostrarles no sólo el gran amor y respeto que este joven tenía por el Santo Nombre de Jesús, sino su disposición a sufrir por el Santo Nombre. Y, como yo fui testigo, ese gran amor y respeto se extendió a la Sagrada Eucaristía.

SALVE, OH CRUZ

"Bendígame Padre, porque he pecado". Estamos familiarizados con esas palabras, ¿no es así? Es lo que decimos al principio del Sacramento de la Penitencia. Nos da una tristeza, pero a la vez, es una hermosa realidad,

cuando estamos expresando dolor por el pecado y queremos aligerar esa carga de pecado de nuestra alma y devolverla a Cristo en el confesionario. El sacerdote es "otro Cristo" cuando se sienta en el confesionario. Está allí como un médico y juez para ayudar a curar las heridas del alma.

Una vez fui sacerdote asistente en el Medio Oeste de los Estados Unidos. Habiendo mirado el confesionario de esa parroquia, me di cuenta de que no había ningún crucifijo allí. Me dirigí al párroco y le pregunté: "Padre, ¿le importaría si pongo un crucifijo en el confesionario?". Me dijo: "Llevo aquí varios años y nunca he tenido un crucifijo en el confesionario. Pero como usted está decorando todo lo demás en mi iglesia, podría también poner un crucifijo en el confesionario". Se lo agradecí un poco tímidamente y puse un bonito crucifijo en el confesionario.

Un sábado por la tarde, cuando estaba en la casa parroquial, el párroco entró y se sentó a la mesa conmigo. Me dijo: "John, quiero agradecerte que hayas puesto ese crucifijo en el confesionario". Le contesté con una sonrisa: "Uh, padre, eso hace unas semanas, es usted un poco lento en su agradecimiento". Me dijo: "Bueno, hoy ha venido un joven a confesarse. No voy a romper el secreto de la confesión, pero cuando le di la absolución me di cuenta de que había algo en su mente. Me detuvo y me dijo: "Padre, espere un momento, tengo algo más que confesar. Se lo estaba ocultando, pero estoy mirando el crucifijo aquí y ahora quiero decirle lo que estaba escondiéndole."

Sí, efectivamente, que poder hay en el crucifijo. El crucifijo nos ayuda a estar verdaderamente arrepentidos de



nuestros pecados, porque nos recuerda que nuestros pecados no son pequeñas cosas. Pero el crucifijo también nos recuerda

que Jesús nos ama tanto que tomó voluntariamente nuestros pecados sobre sí mismo, y que no debemos tener miedo de confesar nuestros pecados. Cómo anhela que las almas se acerquen a Él en el confesionario, para que pueda derramar su misericordia sobre ellas.



Un acto de contrición

Oh, Dios mío, me arrepiento de corazón de haberte ofendido y detesto todos mis pecados, porque temo la pérdida del cielo y las penas del infierno, pero sobre todo porque te ofenden a Ti, mi Dios, que eres tan bueno y mereces todo mi amor. Resuelvo firmemente, con la ayuda de tu gracia, confesar mis pecados, hacer penitencia y enmendar mi vida. Amén.

NÚMERO EQUIVOCADO - NO, ¡NÚMERO CORRECTO!

Era el año 2011. Un día una familia me pidió que fuera al Hospital San George en Kogarah, para estar al lado de la cama de su padre moribundo. Estaban listos para apagar el soporte vital y querían que estuviera allí para administrar los Últimos Ritos y pasar un poco de tiempo con ellos y decir algunas oraciones con ellos.

Al encontrarme en la Unidad de Cuidados Intensivos, vi todos los carteles que pedían que se apagaran los teléfonos móviles, pero olvidé que tenía mi teléfono en el bolsillo. De repente, sonó: "¡Oh! no". Lo miré y decía "Número privado".

Al no poder devolver la llamada, salí corriendo de la UCI inmediatamente por otro corredor, salí de la unidad y me quedé en otro pasillo. Contesté al teléfono y dije: "Habla el Padre Rizzo". Una voz de hombre al otro lado dijo: "Lo siento, amigo, me he equivocado de número". Él colgó.

Pensé: "¿Se ha equivocado de número? Dejé a ese moribundo y corrí todo este camino para nada". Cuando estaba a punto de regresar, un hombre se acercó a mí y me dijo ansiosamente: "Oh Padre, - ¿es usted un sacerdote católico?" Le respondí: "Sí". Él me dijo: "Por favor, venga a ver a mi esposa. Se está muriendo y necesita los sacramentos". Inmediatamente le seguí y fui a ver a su mujer.



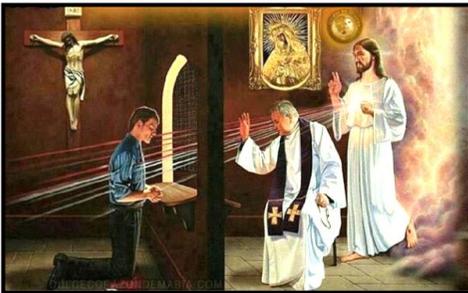
Al entrar en la habitación con el teléfono en la mano, le dije: "Creo que su Ángel de la Guarda acaba de llamarme, porque su marido nunca me habría visto si no hubiera tenido que salir de la Unidad de Cuidados Intensivos para responder a mi teléfono". Ella sonrió, me dio las gracias y dijo: "Padre, qué gran consuelo tenerlo aquí. ¿Puedo confesarme, por favor?". Escuché su confesión y le di la comunión y la extremaunción. Murió unas horas después.

Pensé: "¿Y si hubiera apagado el teléfono? ¿Y si no hubiera contestado al teléfono? No era el número equivocado era el número correcto".

Es increíble cómo nuestros ángeles trabajan para nosotros en todo momento, siendo instrumentos de la divina providencia.

EL AÑO 2020

¡Qué tal año el 2020, el año de Covid! Nuestro mundo estaba al revés. Todos aprendimos a adaptarnos a una nueva forma de vivir, y a estar incluso bajo encierro. Nunca olvidaremos lo que esto significó para la temporada de Pascua - Las iglesias estaban cerradas, y los fieles no pudieron asistir a los servicios de la Semana Santa y celebrar la Resurrección del Señor. Fue sin duda un tiempo difícil. Pero a pesar de ello, los católicos, en su conjunto, aprendimos a improvisar y a hacer lo que podíamos para curar las heridas de nuestra alma.



Durante el encierro, diferentes personas solían venir a verme para recibir los Sacramentos. Un viernes por la noche, la semana anterior a la Semana Santa, un grupo de motociclistas entraron en el patio de la Iglesia y me preguntaron "¿Es usted el sacerdote que confiesa?". "Sí", les dije. Cada uno de ellos se confesó, y después dijeron: "Tenemos miedo de este Covid. Tenemos miedo de morir". Qué gran acto de fe había de parte de estos hombres bien intencionados expresando su miedo a morir, pero asegurándose de que estaban cuidando sus almas.

Unos días más tarde, el martes de Semana Santa, un caballero entró en el estacionamiento. Yo estaba afuera, así

que fui, me acerqué a él y le pregunté si podía ayudarme. Me dijo simplemente: "Padre, llevo mucho tiempo fuera de la Iglesia. Este Covid me está asustando mucho y me gustaría hacer una buena confesión". Le dije "Claro". Y entonces me dijo: "Hay algo que debe saber, Padre. Esta será mi primera confesión. Ya tengo 45 años". Le aseguré que no había ningún problema en que fuera su primera confesión. Después de su muy buena, humilde y contrita confesión, le pregunté: "¿Quiere comulgar? Dijo: "Padre, ésta será mi primera comunión". Así que allí estaba, sentado en el estacionamiento, bajo las sombras del Convento de Tyburn, habiendo hecho su primera confesión y su primera comunión.

¿Cuánto bien saldrá de la presencia del Covid? A través de la fe, la gente se esta uniendo más estrechamente, más íntimamente con Dios. Y tal vez algunos de ellos están mirando con detenimiento sus almas al recordar que el alma inmortal está unida a un cuerpo mortal, un cuerpo que al final morirá, pero un alma que vivirá por toda la eternidad, ya sea en el Cielo o en el Infierno.

Podemos ver cualquier tipo de enfermedad o plaga o cualquier adversidad a través de los ojos de la fe. Y cuando lo hacemos, nuestros ojos están verdaderamente abiertos. No existe tal cosa como el aislamiento cuando se trata de Dios. Es la oportunidad de una unión más profunda con Aquel que nos ama.

EL AMOR DE UNA MADRE

Cuando consideramos el amor del corazón de una madre, es realmente un amor que encabeza la lista, por así decirlo. Como decía Santa Teresa:

La más bella obra maestra

del corazón de Dios

es el corazón de una madre.



Contemplar el amor que una madre tiene por sus hijos es una de las mejores maneras de entender el amor. Una madre ama a sus hijos incondicionalmente - y, sobre todo, ese amor está unido al sacrificio.

Recuerdo a una señora llamada Annette, que se estaba muriendo de cáncer. Annette y su marido John tenían una gran familia, y los niños estaban siendo criados en un hermoso ambiente católico. La familia venía regularmente a misa, no sólo los domingos, sino también entre semana. Annette era una mujer muy devota y pasaba tiempo a solas ante el Santísimo Sacramento. Incluso por la noche, un primer viernes por la tarde, por ejemplo, venía a nuestra pequeña capilla. Cuando hacía frío, y yo le rogaba que

encendiera la calefacción, ella decía: "Oh no, Padre, estoy bien. Sólo me envolveré en una manta".

El cáncer avanzó, y un día fui a visitarla cuando estaba en cama enferma. Le pregunté: "Annette, ¿hay algo que pueda hacer por ti?". "Bueno, padre", respondió, "he visto a todos mis hijos -excepto a uno- haber recibido su Primera Comunión. Estoy rezando para que Dios me permita vivir lo suficiente como para ver a mi hijo menor recibir su Primera Comunión". Le dije: "Annette, vamos a organizarlo. En lo que a mí respecta, tu oración ya ha sido contestada".

Llamé al niño y le pregunté sobre la Santa Eucaristía. Respondió correctamente a mis preguntas gracias a la buena catequesis que había recibido de sus padres. Me dirigí a Annette y le dije: "Annette, voy a venir aquí mañana por la mañana para decir la Misa, aquí en tu casa, y podrás presenciar desde tu habitación cómo tu hijo hace su primera comunión". Lágrimas de alegría corrieron por su rostro - no podía agradecerme lo suficiente.

A la mañana siguiente, hicimos exactamente eso. Algunos otros parroquianos que eran amigos cercanos de la familia también vinieron y cantaron algunos himnos durante la Misa. Annette, la madre orgullosa, estaba radiante a pesar de su sufrimiento, sonriendo de oreja a oreja cuando vio a su hijo menor arrodillado a los pies de su cama mientras hacía su primera comunión.



El único deseo de Annette fue concedido.

Lamentablemente, ella murió unas dos semanas después.

Comparto esta historia con ustedes porque expresa realmente el amor del corazón de una madre. Me sentí muy conmovido al ser testigo de tal amor - y qué honor fue para mí haber

podido ayudar a cumplir el último deseo de Annette.

El amor de Annette por sus hijos, primero y sobre todo, era la preocupación por sus almas, y, como tal, aquel amor verdadero que es imagen del maternal corazón del Corazón Inmaculado de María, la Madre de todos nosotros, que ama, a sus hijos, y quiere estar segura que estemos siempre cerca de los Sacramentos y de su Hijo.

EL ROSARIO

El Rosario es una devoción en honor a Nuestra Señora. Consiste en rezar las decenas del Rosario (1 Padrenuestro, 10 Avemarías y 1 Gloria) mientras se medita un misterio de la vida de Nuestro Señor o de la Virgen.



Cuando la Virgen se apareció a los tres niños en Fátima (Portugal) en 1917, en cada ocasión les dijo:

"Rezad el Rosario todos los días".

Oraciones del Rosario

Padre nuestro: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; no nos dejes caer en la tentación, y líbranos del mal. Amén.

Ave María: Dios te salve Maria, llena de gracia, el Señor es contigo. Bendita Tú eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Gloria: Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Al final de cada decena: Oh Jesús mío, perdona nuestros pecados, y presérvanos del fuego del infierno. Lleva al Cielo a todas las almas, especialmente las más necesitadas de tu misericordia.



La oración de una madre por sus hijos

Santa Madre María,
que en virtud de tu divina maternidad
te has convertido en madre de todos nosotros,
coloco la responsabilidad que Dios me ha dado
bajo tu amorosa protección.

Sé una Madre protectora para mis hijos.
Cuida sus cuerpos y mantenlos fuertes y sanos.
Cuida sus mentes y mantén sus pensamientos
siempre santos delante de su Creador y Dios.

Custodia sus corazones y mantenlos puros,
fuertes y felices en el amor de Dios.

Cuida siempre sus almas y conserva siempre en
ellas, fielmente, la gloriosa imagen de Dios
que recibieron en el Santo Bautismo.

Por siempre Madre, protégelos y mantenlos bajo
tu cuidado maternal.

Suple, con tu sabiduría maternal,
mis pobres carencias humanas,
y protégelos de todo mal.

Amén.

Reina de la Sagrada Familia, ruega por nosotros.

UNA HERMOSA LECCIÓN PARA MÍ

Durante la epidemia de SIDA de los años 80, no se sabía mucho sobre esta enfermedad debilitante, al menos al principio. Era una enfermedad horrible que atacaba inmediatamente el sistema inmunitario, y que a veces provocaba una muerte lenta y agonizante. ¿Qué grado de contagio tenía el sida? Nadie lo podía decir en ese momento, por lo que había mucho miedo entre la población.

Yo estaba destinado en la Parroquia de la Inmaculada Concepción en Post Falls, Idaho. Un martes por la noche, recibí una llamada telefónica de una mujer que lloraba desconsoladamente. "Padre, Padre ¿por favor podría venir a ver a mi hijo? Se está muriendo de SIDA". El primer pensamiento que me vino a la mente fue: "Oh, esa horrible enfermedad".

Le pregunté desde dónde llamaba. "Estoy llamando desde el Centro Médico Harbour View en Seattle". Le dije: "Señora, estoy a cinco horas de distancia. ¿Se da cuenta de que estoy en Idaho? – es totalmente otro estado". "Padre", dijo ella, "he llamado a tantas parroquias diferentes, a tantos sacerdotes. Estoy revisando las páginas amarillas en busca de otras parroquias. Ningún sacerdote viene a ver a mi hijo porque tienen miedo de esta enfermedad del SIDA. ¿Podría usted venir, por favor?"

¿Cómo iba a decir que no? ¿Cómo podría ignorar las súplicas de esta madre afligida? A pesar de mi propia reticencia y renuencia, recé: "Bien, Señor, si voy a dar mi

vida por mis ovejas, como tú lo hiciste, que se haga tu santa voluntad". Pensé en la vida de San Luis Gonzaga, un seminarista de 21 años, que murió durante la peste bubónica, la peste negra de Europa, mientras cuidaba de las víctimas de la peste.

Tuve que salir rápidamente, para poder tener la posibilidad de llegar allí a tiempo. Partí a las 9 de la noche, con la Santa Eucaristía y los Santos Óleos para poder darle los Últimos Sacramentos. Atravesé el estado de Washington en la oscuridad de la noche, pasando el viaje en oración. Recé el Rosario una y otra vez; recé a San José, a mis santos patronos, y al Ángel de la Guarda de ese joven moribundo, pidiéndoles que me permitieran llegar allí a tiempo.

Llegué al hospital alrededor de dos de la madrugada. Fui saludado calurosamente, por las enfermeras y los médicos que esperaban mi llegada. Me acompañaron rápidamente, me pusieron un delantal de plástico y una máscara, y entré en la habitación de este joven.

¡Qué espectáculo me esperaba! Los médicos y las enfermeras que estaban allí llevaban ropa protectora y mantenían una distancia prudente. En claro contraste, estirada sobre la cama de su hijo moribundo de SIDA, estaba la madre, besando a su hijo y abrazándolo, sosteniendo su mano, susurrando al oído, sin llevar ningún tipo de protección. Ella no tenía miedo de esta enfermedad, a diferencia de todos los demás en esa sala. Todo lo que tenía era amor por su hijo. Hasta hoy, 34 años después, el

recuerdo de esa visión me conmueve. Fue una lección para mí: una lección de amor de una madre.



Nuestra Señora de los Dolores vino a mi mente. Ella también tuvo que ser testigo de ver morir a su único Hijo ante sus propios ojos.

Pero mis pensamientos fueron más allá de esto. Pensé en el amor de la Santísima Virgen María que, a pesar del contagio del pecado por parte de la humanidad pecadora, quiere, sin embargo, abrazarnos y estar a nuestro lado. Si estamos espiritualmente moribundos a causa de nuestros pecados, ella quiere estar siempre cerca de nosotros, y ver nuestra salud espiritual restaurada, al ser reconciliados con Dios.

¡Ojalá nos diéramos cuenta la importancia de invocar la intercesión de la Santísima Virgen María, especialmente en tiempos de tentación y de pecado! Ella es nuestra Madre; está lista y dispuesta a venir en nuestra ayuda, si solo la invocamos.

La madre levantó la vista y me vio. Sonrió y me dio las gracias una y otra vez. Fui directamente a la tarea y pedí a todos que salieran de la habitación. Oí la última confesión de este moribundo, en medio de su respiración

entrecortada, y le di la absolución. Luego le pedí a su madre que entrara en la habitación para que pudiera presenciar cómo recibía la Unción de los Enfermos. Esto fue un gran consuelo para ella, como también para mí. Le di una pequeña porción de la Hostia, y le di el resto de la Hostia a su afligida madre.

Salí de allí tan satisfecho y feliz de haber tenido la oportunidad de administrar la extremaunción a este joven. Cuántas gracias recibí esa noche.

Volví a mi auto para el viaje de 5 horas de regreso a mi parroquia. Llegué alrededor de las 7.30 de la mañana - media hora antes de mi Misa matutina de las 8:00, que ofrecí por ese joven moribundo y por su maravillosa y afligida madre.

Nuestra Señora de los Dolores, ruega por nosotros.

**Acordaos, oh piadosísima Virgen María,
que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han
acudido a tu protección,
implorando tu asistencia y reclamando tu socorro,
hayan sido desamparados.**

**Animado con esta confianza,
a ti también acudo, oh Madre, Virgen de las vírgenes,
y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados,
me atrevo a comparecer ante tu presencia soberana.**

**No deseches mis humildes súplicas,
oh Madre del Verbo divino,
antes bien, escúchalas y acógelas benignamente. Amén**

LA PRESENCIA DE CRISTO EN UN SACERDOTE

Cuando consideramos la presencia de Cristo, a menudo pensamos en Su presencia sacramental - la Sagrada Eucaristía, el Santísimo Sacramento - Su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad que habita en el tabernáculo de cada Iglesia Católica en el mundo. Muchos católicos comprenden esto. Sin embargo, los católicos de fe débil o sin fe no lo hacen.

A veces, la presencia de Cristo solo se concreta en medio



de ellos en la persona de un sacerdote que se pueden encontrar en su camino. A menudo viajo y lo hago con mi traje sacerdotal, para que otros reconozcan que soy sacerdote. Puedo contar varias ocasiones en las que desconocidos se me han acercado, ya sea para

hablar de los problemas que tienen o para hacer una buena confesión. He escuchado muchas confesiones en estaciones de tren y aeropuertos.

Un día, cuando estaba en el andén de un tren en Parramatta, en el lapso de media hora, tres personas diferentes se acercaron a mí para pedirme que escuchara su confesión. ¡El último fue el responsable de que yo perdiera el tren! ¡Oh bueno...!

Una vez, cuando estaba en un avión, vino una azafata, se sentó a mi lado y me susurró: "Padre, ¿escucharía mi confesión?". Por supuesto que la escuché. Después me dijo: "Padre, espero que no le importe". Respondí en broma: "No me importa en absoluto, pero si el piloto viene aquí pidiendo una confesión, ¿podría ponerme un poco nervioso!" Ella sonrió y se alejó.

Ver a un sacerdote también puede alterar o agitar a la gente. He tenido gente que se me ha acercado y me ha dicho cosas desagradables, a lo que yo solo respondía con una oración en voz baja, una oración de perdón, una oración por la conversión de esa persona. Tal es la presencia de Cristo que quiero en mi corazón, de modo que no importa quién se cruce en mi camino, ya sea para bien o para mal, espero poder corresponder con una disposición semejante a la de Cristo.

Cuando recién fui ordenado, fui asignado junto con otro sacerdote, el padre Lemieux, al norte de Londres. De camino a la iglesia los sábados por la mañana, solíamos pasar por un edificio llamado "Centro Socialista Rosa Roja". Nos deteníamos frente a él, rezábamos un Ave María e invocamos a Nuestra Señora de Fátima por la conversión de las personas que trabajaban allí.

Un sábado cuando hicimos eso, había alguien adentro que nos miraba que estábamos rezando. Seguimos caminando

por el sendero después de haber orado, y un hombre salió corriendo del edificio hacia nosotros, gritando. No sabíamos lo que quería, así que esperamos. Preguntó: "¿Qué diablos estaban haciendo fuera de ese edificio? ¿Por qué se detuvieron allí?". El padre Lemieux dijo: "Nos detuvimos allí para rezar por las personas que trabajan allí". Él preguntó: "¿Por qué hicieron eso?" Respondí: "Porque el socialismo está en contra de la Iglesia católica.



Estábamos orando por la conversión de los socialistas". En ese momento miró al padre Lemieux y le escupió en la cara. El padre sacó un pañuelo del bolsillo, se secó la cara y le dijo al hombre: "Gracias, señor, por ayudarme a ser como Nuestro Salvador Jesucristo, a quien también le escupieron en la cara". Debo admitir que mi propia disposición siciliana puede no haber dicho eso si él me hubiera escupido en mi cara, pero, no obstante, verdaderamente la presencia de Cristo puede vencer cualquier mal.

NO CONOCEMOS EL DÍA NI LA HORA

Como sacerdote, me encanta ser llamado al lado de los moribundos, para darles la oportunidad de hacer las paces con Dios. En mis años como sacerdote, no solo estoy a

menudo junto al lecho de los moribundos, sino que también estoy junto a la tumba de los difuntos.

Cuando un sacerdote oficia un funeral y llega al Rito de Despedida, lee lo siguiente del Capítulo VI del Evangelio de San Juan:

"Esta es la voluntad de mi Padre, dice el Señor, que yo no pierda nada de todo lo que El me ha dado, y que yo lo resucite en el último día".



Los siete sacramentos

Bautismo

Penitencia

Sagrada Eucaristía

Confirmación

Matrimonio

Órdenes Sagradas

Unción de los enfermos

Lo que me sorprende particularmente de este pasaje son las palabras "yo no pierda nada de todo lo que El me ha dado." Dios el Padre no quiere que sus sacerdotes pierdan ninguna de las almas bajo su cuidado. Envió a Su Hijo, Jesucristo, a pagar el precio de nuestros pecados mediante su muerte en el sacrificio en la Cruz. Como sacerdote, soy un mediador entre Dios y

el hombre, y mi función es perpetuar el acto de redención de Nuestro Señor, particularmente a través de los sacramentos.

Los sacramentos instituidos por Cristo son de suma importancia en la vida de un católico. ¿Por qué? Porque nos dan gracia, VIDA DIVINA, la vida misma de Dios. ¿Qué puede ser más importante o precioso para nosotros que eso? Y cuán especialmente importantes son los sacramentos para los que están muriendo.

Un día en el 2011, cuando era capellán en un hospital en Christchurch, Nueva Zelanda, me llamaron al hospital, pero desafortunadamente, no al lado de la cama de los moribundos, sino a la morgue de los difuntos. La palabra morgue proviene del latín mortuus, que significa muerte. Allí me llamó el hijo de una mujer que fue encontrada muerta en su casa. Ya había fallecido un día antes cuando la policía la encontró. Tomó otro día encontrar al hijo y notificarle de la muerte de su madre.

Estuve allí en 5 minutos, pero me tomó otros 20 minutos pasar por la seguridad. Apresuradamente atravesé la entrada y vi al hijo con su esposa. El cuerpo de su madre fallecida se colocó sobre la mesa. La miré a la cara, había una expresión de desesperación y angustia en ella. Esa mirada es algo que nunca olvidaré. Muchas veces he visto un semblante pacífico en aquellos que han fallecido, en personas de fe que han orado y se han preparado para el último día. Lamentablemente, no vi esto en el semblante de

esa mujer. No puedo asegurar nada sobre el estado del alma de esa mujer - sólo puedo esperar y rezar para que ella suplicara la misericordia de Dios antes de morir - pero no pude evitar pensar en las palabras que rezamos en las Letanías de los Santos:

“De la muerte repentina e imprevista, líbranos, Señor”.

Debemos recordarnos a nosotros mismos que la misericordia de Dios es una misericordia que se debe invocar, se debe pedir y no se puede asumir por dada. Me volví hacia el hijo para darle mi más sentido pésame, y me dijo enojado: "¿Por qué tardaste tanto en llegar?". Le dije: "Señor, me llamaron, vine en 5 minutos, pero me tomó otros 20 minutos pasar por seguridad". Dije las oraciones por el difunto y nuevamente ofrecí mis condolencias al hijo. Todavía estaba enojado. Le pregunté "¿Alguna vez vas a la iglesia?". "Solía ir hace mucho tiempo, pero ya no voy". Le pregunté: "¿Tu madre iba a la iglesia?". "No, han pasado muchos años desde que iba a la Iglesia". Simplemente dije: "Rezaré por ella y rezaré por ti". Salí de la habitación.

"Esta es la voluntad de mi Padre", dice el Señor, "que no pierda nada de todo lo que me ha dado, y que lo resucite en el último día". En otras palabras, quiero estar ahí para los vivos, no para los muertos. Por supuesto, este hombre de Nueva Zelanda no tuvo más remedio que llamarme después de la muerte de su madre, pero ¿cuántas personas tienen la oportunidad de llamar a un sacerdote antes de que sea demasiado tarde, pero no se molestan o ni siquiera

lo piensan? No puedo dar los sacramentos a una persona



muerta. No puedo escuchar sus confesiones y absolverlos de sus pecados. No puedo darles la Unción de los Enfermos ni la Sagrada Eucaristía. No puedo prepararlos para el juicio de Dios, que nos llegará a todos y cada uno de nosotros en el momento de nuestra muerte.

Quiero estar ahí para invocar la misericordia de Dios sobre las almas mientras aún haya tiempo.

Pero por mucho celo que tengamos los sacerdotes por salvar almas, muchas veces habrá un corazón frío u oídos sordos por parte de aquellos que no quieren corresponder a la gracia de Dios. Es mi mayor tristeza encontrarme con tales almas.

Quizás esta historia pueda recordarnos que debemos estar preparados en todo momento, no sabemos el día ni la hora. Cualquiera de nosotros puede morir repentinamente, sin tiempo para recibir los sacramentos de la Santa Madre Iglesia. Pero asegurémonos de que no sea una muerte desprovista de todo. Permanezcamos en el estado de gracia, aprovechándonos regularmente de los sacramentos mientras tengamos la oportunidad, y así siempre estemos preparados para encontrarnos con nuestro Hacedor y dar cuenta de nuestras vidas.

EL PODER DE LA ORACIÓN

Hace unos años leí esta historia de la vida real. Me conmovió profundamente y me gustaría compartirla con ustedes.

En la década del 40, en el medio oeste de los Estados Unidos, había un joven llamado Clemente que creció en una familia numerosa. Su madre era una católica muy ferviente. Su padre solía ser un católico practicante, pero finalmente se volvió muy hostil a la Iglesia Católica. Esto no impidió que Clemente creciera en una familia amorosa y viera el hermoso ejemplo de su madre y sus hermanos yendo a la misa dominical y haciendo todo lo posible para practicar su fe a pesar del mal ejemplo de su padre.

Un día, Clemente le dijo a su madre: "Mamá, quiero ser sacerdote". Obviamente, la madre se alegró mucho al escuchar esto, al igual que sus hermanos, y lo animaron. Después de regocijarse con él, su madre le dijo a Clemente: "Pero ahora debes decírselo a tu padre".

Clemente se acercó a su padre que estaba en la sala leyendo el periódico y le dijo: "Papá, solo quiero que sepas que quiero ser sacerdote algún día". Su padre puso el periódico en su regazo y le dijo: "En ese caso, hijo, te odio, odio tu sacerdocio y odio tu Iglesia". Esas duras palabras conmovieron a Clemente, pero supo decir con tono ecuánime y mucha paciencia: "Bueno papá, voy a rezar por

tu conversión, y que un día, antes de que mueras, Cristo Crucificado venga a ti y tú le pidas perdón por tus pecados". "Haz eso", respondió su padre enojado.

Clemente ingresó al seminario a estudiar para ser sacerdote. Cada vez que regresaba a casa de vacaciones, su madre y sus hermanos estaban encantados de verlo, pero su padre siempre lo saludaba con las mismas palabras: "Hijo, te odio, odio tu sacerdocio y odio tu Iglesia". Clemente siempre tenía la misma respuesta: "Papá, voy a rezar para que Cristo Crucificado venga a ti antes de que mueras y que pidas perdón por tus pecados".

Incluso en el día de la ordenación del padre Clemente, y todos los domingos cuando el padre visitaba a su familia, papá e hijo intercambiaban esas mismas palabras. Todo lo que el Padre Clemente podía hacer era rezar por su padre, y eso es lo que hacía cada vez que ofrecía la Santa Misa.

Pasaron los años y el papá del Padre Clemente enfermó. El padre fue a casa y le dijo: "Papá, antes de que mueras, quiero que hagas las paces con Dios". Con su respiración jadeante, dijo: "Hijo, ¿qué te he dicho todos estos años? Te odio, odio tu sacerdocio y odio tu Iglesia". Estas palabras siempre entristecieron al padre Clemente, pero especialmente ahora. Quería tanto darle los sacramentos a su padre, pero, con el corazón endurecido de su padre, fue imposible. El padre Clemente simplemente le dijo, como lo

hizo todos estos años: "Papá, voy a rezar para que Cristo Crucificado venga a ti antes de que mueras, y que pidas perdón por tus pecados".

Finalmente, su padre murió, aparentemente sin arrepentirse. Su muerte devastó al pobre padre Clemente y su familia.

Poco después del funeral de su padre, el padre Clemente se dirigió al convento de las Hermanas Benedictinas de la Adoración Perpetua en Clyde, Missouri. Nunca antes había estado allí, pero quería visitarlas para recibir algún consuelo de estas devotas religiosas que pasan muchas horas ante el Santísimo Sacramento.

Fue recibido en un salón y la Madre Superiora entró en la habitación. Mientras el padre Clemente hablaba con la madre, una joven monja de la comunidad llamó a la puerta. Preguntó a la Madre Superiora si podría entrar y hablar. La madre le dijo: "Sí, hija mía, ¿qué tienes que decir?". Esta joven monja se volvió para ver al sacerdote y le preguntó algo nerviosa: "Disculpe, padre. ¿Es usted el padre Clemente?". "Sí lo soy". La monja dijo: "Padre, tengo algo que decirle. Mientras estaba orando en

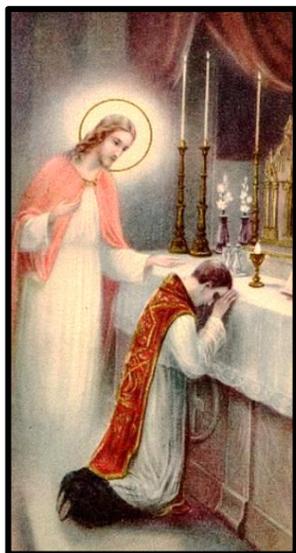


nuestra Capilla de Adoración hace un momento, el Señor me dijo:" Ve a la sala y dile al Padre Clemente que su padre vio a Cristo Crucificado antes que él muriera y que pidió perdón por sus pecados".

¡Esto sacudió al padre Clemente, como se pueden imaginar! El Padre nunca había tocado las puertas de este convento antes, y nunca había visto o conocido a esa monja. Lágrimas de emoción llenaron sus ojos.

Salió de ese convento con gran alegría. Su padre había contemplado a Cristo Crucificado a través de la bruma de la muerte, pidiendo perdón por sus pecados. ¡Sus oraciones habían sido atendidas!

¡Qué gran poder hay en el Santo Sacrificio de la Misa, y qué gran poder hay en el sacerdocio! San Juan María Vianney dijo que la mayoría de la humanidad salvaría sus almas por la intercesión de un santo sacerdote.



"Cuando un sacerdote celebra la Misa, honra a Dios, alegra a los ángeles, edifica la Iglesia, ayuda a los vivos, obtiene el descanso por los muertos y se hace partícipe de todo lo bueno.

*La Imitación de Cristo
Libro IV, Cap. V*

San Juan María Vianney (1786-1859 - también conocido como el Cura de Ars) es el santo patrón de todos los sacerdotes. Su cuerpo está incorrupto. Escribió lo siguiente sobre los sacerdotes:



“¡Oh, qué grande es un sacerdote! El sacerdote no entenderá la grandeza de su oficio hasta que esté en el cielo. Si lo entendiera en la tierra, se moriría, no de temor, sino de amor.”

"Sin el sacerdote, la Pasión y Muerte de nuestro Señor no servirían de nada. Es el sacerdote quien continúa la obra de redención aquí en la tierra ... ¿De qué serviría una casa llena de oro, si no hubiera nadie que abriera la puerta? El sacerdote tiene las llaves de los tesoros del cielo: es él quien abre la puerta, es el mayordomo del buen Señor, el administrador de sus bienes."

"El sacerdote no es un sacerdote para sí mismo, es un sacerdote para ustedes. Después de Dios, el sacerdote lo es todo."

Tú eres sacerdote para siempre

Para vivir en medio del mundo, sin desear sus placeres;

para ser miembro de cada familia,

pero no pertenecer a ninguna;

para compartir todos los sufrimientos;

para penetrar todos los secretos;

para curar todas las heridas;

para ir desde los hombres a Dios y ofrecerle sus oraciones;

regresar de Dios a los hombres, para traer perdón y esperanza;

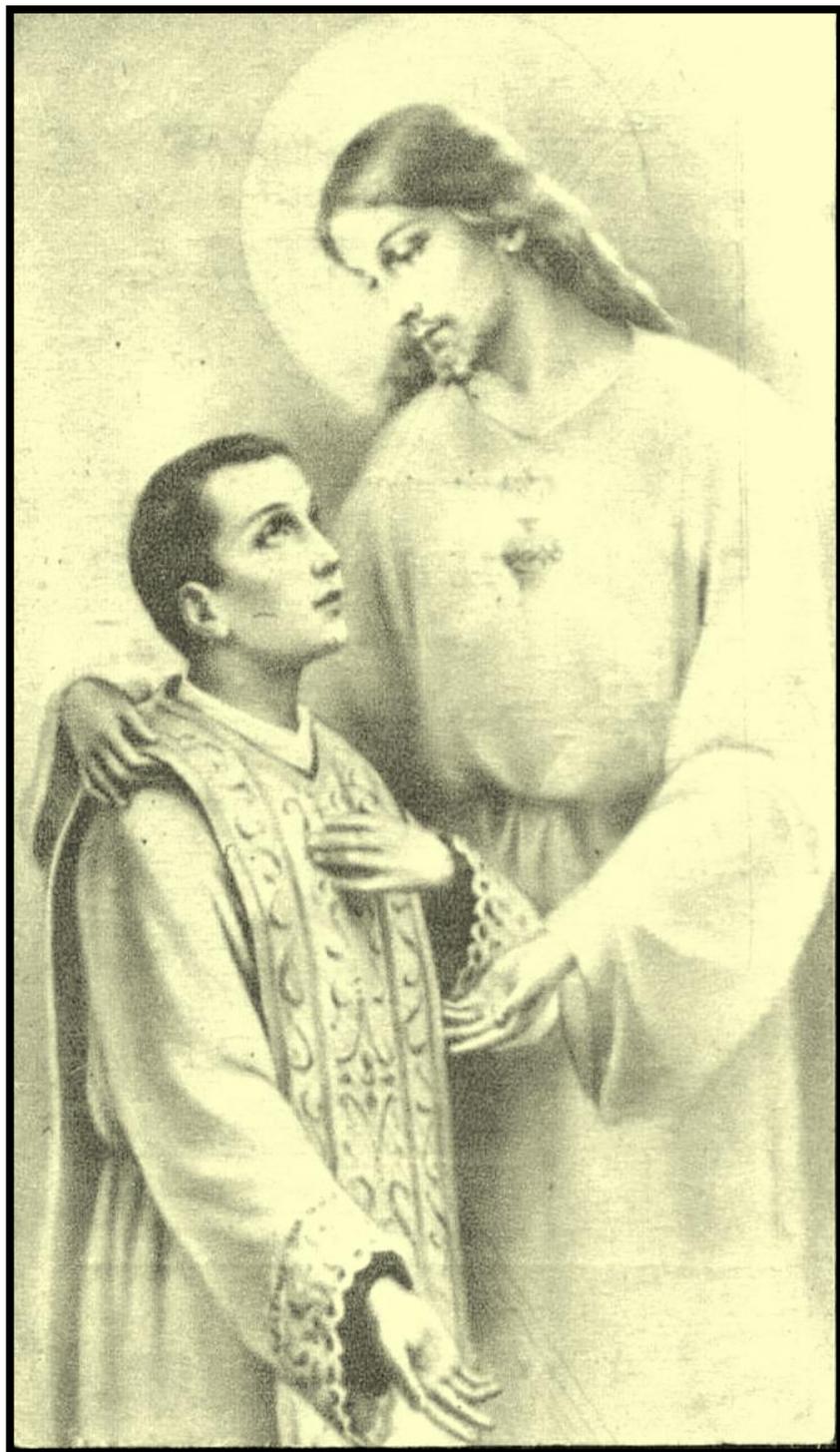
para tener un corazón de fuego por la caridad

y un corazón de bronce para la castidad;

para enseñar y perdonar, consolar y siempre bendecir.

¡Qué vida tan gloriosa!

¡Y es tuya, oh Sacerdote de Jesucristo!





Este folleto fue escrito

en memoria del

Padre Kenneth Walker FSSP

1985-2014

Aunque nunca tuve el placer de conocer al padre Kenneth Walker, tengo una afinidad con él porque ambos fuimos ordenados el 19 de mayo, con 27 años de diferencia. El padre llevaba sólo dos años como sacerdote cuando fue asesinado por un intruso en el despacho parroquial de Phoenix, Arizona, donde vivía. La muerte del Padre conmovió al mundo. Su hermoso corazón de sacerdote se ha revelado en la carta de solicitud de ingreso que escribió al seminario:

"Dios, en su infinito amor, desea que todos los hombres se salven y así alcancen su verdadero fin. Junto con la Iglesia, por lo tanto, estoy profundamente apenado por los errores sobre la naturaleza y la dignidad del hombre, aceptados por tantas personas en el mundo, que los desvían de su fin sobrenatural. Considerando el estado del mundo actual, pienso que, la única vocación en la que podría trabajar y estar satisfecho, es la que estaría dedicada a llevar a la gente a la salvación. Esto estaría dispuesto a realizarlo de cualquier manera que Dios me permita".



REQUIESCAT IN PACE